

Insomnio

Pasó seis horas examinando las cosas, tratando de encontrar una diferencia con el aspecto que tuvieron el día anterior, pendiente de descubrir en ellas algún cambio que revelara el transcurso del tiempo. Estuvo toda la noche en la cama con los ojos abiertos, llamando a Prudencio Aguilar, a Melquíades, a todos los muertos, para que fueran a compartir su desazón. Pero nadie acudió.

(Gabriel García Márquez, Cien años de soledad)

La rutina era una terapia gris contra la lentitud del reloj, un manto con el que ocultarse del tiempo. Cambiaban las calles, cambiaban los rostros ausentes del retrovisor, cambiaba hasta la concesión de la música y la elección de los bares del pincho de media mañana. Pero era la misma ciudad, el mismo asfalto, la misma vida, y la rutina permitía abandonarse a un vacío en el que el hastío y la desilusión se veían diluidos en una especie de sueño amargo.

Por eso frenó sin ser realmente consciente de ello, sin querer reconocer como propia esa parte de sí que atendía al tráfico, a los semáforos, a la mujer que levantaba la mano al borde de la acera. El taxi se detuvo y ella montó con una ráfaga afilada de viento de noviembre.

La rutina: esperar a que entre, se siente y cierre la puerta. Preguntar.

—¿Dónde?

—No lo sé —dijo una voz manchada de tristeza, en el asiento de atrás. En el retrovisor dos ojos húmedos le tendían unos billetes temblorosos—. Tengo esto. Hasta donde llegue...

La duda: ahí sentado, inmóvil, sintiendo como de pronto aquella situación inesperada provocaba el colapso de la telaraña de gestos automáticos tras la que dejaba agonizar las horas. Ruido de cristales rotos, pereza; nadie, ni siquiera él, quiere jugar con las cartas del perdedor.

Y luego, paladeando con desagrado aquella especie de lucidez, el “porqué no”: metió primera, aceleró, soltó el embrague y cambió de carril, apagando la radio.

—No, por favor, no quite la música —dijo ella, detrás.

—¿No le molesta?

—Por favor —suplicó—. Póngala. Por favor.

Y el silencio habló por ella, “déjeme llorar en paz”.

Ella despertó con un sabor amargo trepándole por la garganta. Se irguió mirando alrededor, confundida, sin saber donde estaba. Primero el asiento, su ropa arrugada por el sueño, el retrovisor, el taxímetro apagado, su dinero sobre el salpicadero. Luego recordó quién era y reconoció aquella sensación como su tristeza.

El coche estaba aparcado a un lado de una carretera sobre una loma fuera de la ciudad, inundado por una luz dulce y dorada. Fuera el taxista fumaba en silencio, apoyado contra el maletero, con la atención perdida en la puesta de sol. Salió del taxi, fuera el aire la mordió el pelo con una furia helada. Él la miró, tirando el cigarro acabado, y le tendió el paquete.

–No fumo –dijo ella, negando con la cabeza, sin poder evitar un escalofrío.

–Vamos –dijo él, guardando el tabaco y apartando la vista de ella–. La llevaré a casa.

Bufanda negra de lana, cazadora color caqui, vaqueros casi blancos, zapatillas verdes, el pelo claro y corto, la mirada tan oscura que confundía el color de los ojos. Se preguntó cómo se llamaría. Estaba tendido en la cama, escuchando a su lado la respiración de su mujer, contemplando la oscuridad previa al amanecer, y no podía dejar de verla en el retrovisor, como si las miradas fugaces que le dirigió fuesen los fogonazos de un flash que ahora esculpía cada detalle en las tinieblas estancadas del dormitorio. Y ella estaba ahí. Primero triste, luego sollozando en silencio, después dormida, acosada hasta en sueños por esa angustia que le hacía apretar tanto los labios. Y a partir de entonces no se atrevió a mirarla.

Se preguntó cómo se llamaría, por qué lloraría y cómo sería su risa.

Y se preguntó también por qué cogió su taxi en lugar de arrojarse frente a él a su paso.

–Hueles a humo –había dicho su mujer, cuando él llegó, sin apartar la vista del televisor–. ¿Has vuelto a fumar?

No contestó. Era decir vete a la mierda, o déjame en paz, o perdona, o cualquier otra cosa, y entonces comenzar de nuevo la discusión de siempre, con aquel rumbo tan familiar trazado a base de reproches, rencores y derrotas. Pero esa noche no contestó. Entró en el cuarto de baño arrastrando los pies, esquivando con la mirada el espejo mientras abría el grifo del lavabo. Cogió agua con ambas manos y se lavó la cara lentamente, sintiendo dentro de sí un cansancio que tenía poco que ver con el insomnio. Entonces levantó la cara y buscó el reflejo de sus ojos, entre los caminos del agua y las lágrimas.

Nunca había querido a su mujer, y le gustaba pensar que ella tampoco le había querido a él. Se conocieron huyendo del hastío, fingiendo encontrar algo cada uno en el otro. Se acostumbraron a disimular juntos la soledad, a creer que el tiempo los dejaría en paz. La dejó embarazada y se había casado con ella hacía demasiados años. Luego habían perdido al niño, y aquello fue como la ruptura de un cable de metal demasiado tenso, un estallido seco que destruyó los grises castillos de arena que ellos habían construido para esconder sus grises rutinas. Desde aquel principio, en el que aún tenían

la ternura y las cenizas aún calientes de aquel dolor compartido, había sentido hacia ella una especie de compromiso, una deuda: él había arruinado sus vidas. Y como compensación le entregó la suya de la única forma que supo. Trabajaba desde el amanecer hasta el mediodía en el taxi desde hacía dos años, y por la tarde entraba como camarero en un bar de mala muerte. Lo del taxi empezó como algo provisional cuando su cuñado fue herido en un atraco y le dejó el coche. Quedaron en que se haría cargo del taxi hasta que su cuñado se repusiese. Ahora ya sabía que nunca lo haría.

Tenía la dirección que ella le había dado. Días mas tarde (imposible saber cuantos: el insomnio había acabado ya con todos los calendarios) compró un bolso horrible a un vendedor ambulante y condujo hasta allí, dando mil rodeos, como queriendo eludir algo, como buscando una excusa. Era un edificio gris, viejo y robusto, que ocupaba media manzana con semblante cansino. Antes de decidirse a entrar en él dio vueltas a la manzana durante media hora, con el bolso vacío y ridículo en el asiento de al lado. Al fin, con el coche aparcado en doble fila, le dijo al portero del edificio que días atrás una clienta olvidó el bolso en el taxi, que tal vez viviese allí.

–Rubia, el pelo por aquí –indicó con un gesto el cuello–, iba con una cazadora verde, vaqueros, zapatillas...

El portero asintió lentamente, con tristeza.

–Sí, vivía aquí –dijo, con una voz muy baja–. Pero no va a ser posible...

–¿Se ha ido? –preguntó él.

–No. El jueves pasado... Un coche...

La misma ciudad, las mismas calles. Conducía de nuevo, la música sonaba alta y rápida y la rutina le dejaba navegar otra vez con la mente abandonada en alguna otra parte. Pero algo era diferente, ahora: en lugar de no pensar en nada se esforzaba en recuperar cada detalle de ella que podía recordar. Y se sentía culpable, de algún modo, por haber llegado tarde. No llevaba a ningún cliente, regresaba a casa para dejar el taxi y conducía por unas calles extrañamente vacías. Y de pronto, un semáforo en ámbar. Sintió como las manos se crispaban en torno al volante, calculó rápidamente la velocidad y casi seguro de que aquello saldría mal pisó el acelerador, cerró los ojos y apretó los dientes.

“Cincuenta metros”, iba pensando, con la imagen de ella en los ojos cerrados. “Quince... ya”... Una pitada y ruidos de frenazos por su derecha, “quince metros más”... y seguía con los ojos cerrados, “cincuenta metros”. Abrió los ojos. Seguía por su carril. Miró al retrovisor. El cruce, con un coche atravesado. Y encuadrado en una esquina un trozo de su rostro, sonriendo tras las ojeras y el cansancio.

–¿Cómo es? –le preguntaría más tarde, en el hospital.

–¿El qué? ¿La muerte?

–Sí.

Ella dejó de mirar la lluvia tras la ventana y se volvió hacia él, con las manos en la espalda y los ojos cansados. Parecía una doctora sin bata.

–Es... no sé. Gris. Aburrida.

Él asintió, cabizbajo.

–Como la vida –dijo.

–No. No es como la vida. Yo... yo pude huir...

El taxi se había detenido de nuevo frente al edificio donde ella vivió. Él estaba sentado, fumando en silencio, con la vista clavada en el portal. Llevaba allí tres horas, sin saber qué esperaba.

Eran las once cuando salió un hombre, casi arrastrándose, y reconoció en el dolor de su rostro la nostalgia de ella. Lo miró torcer la esquina y perderse, conteniendo apenas las lágrimas. Esperó durante media hora más y después puso en marcha el motor y se alejó de allí.

Lo tomó como costumbre, cuando no llevaba a nadie detrás, había poco tráfico y llegaba al semáforo con la incertidumbre del ámbar o el rojo. Alguna vez pensó en arriesgarse a pasar en rojo, cuando no parecían venir muchos coches por el cruce, pero lo desestimó: por alguna razón aquello no le parecía justo.

Y de vez en cuando comenzó a hacerlo también con pasajeros detrás, cuando estos iban distraídos leyendo el periódico, o tecleando en sus ordenadores portátiles, o hablando por el teléfono móvil, sin saber siquiera que él estaba sentado allí, delante de ellos, jugando a aquella especie de ruleta rusa a gasoil.

Tal vez quería tener un accidente, o matarse, o tratar de retar a su mala suerte o tal vez quisiese quitarse así la imagen de aquella mujer de la que no sabía ni el nombre. En realidad dedicaba poco tiempo a pensar en ello; unos minutos al llenar el depósito o al vaciar el primer café. Era simplemente un vicio, su único vicio (fumar era un pasatiempo, una excusa) y su único momento de paz, cuando cerraba los párpados torturados por el insomnio y se abandonaba al azar y a la velocidad, cuando se encogía en su asiento como un niño escondido tras hacer alguna trastada, y escuchaba a su alrededor los pitidos, los frenazos y el ulular del tráfico.

El accidente lo pilló completamente por sorpresa. Algunas veces había estado realmente cerca de chocar y había sido consciente de ello, los ruidos habían sido alarmantemente próximos o las manos sobre el volante se habían quedado súbitamente rígidas con la certeza de la violencia del metal retorcido, pero cuando por fin se estrelló no hubo ninguna señal, ninguna intuición. El cruce estaba desierto, el sol brillaba entre dos nubes tranquilas, detrás una pasajera soñolienta se retocaba el maquillaje: Cerró los ojos, se lanzó contra el semáforo en ámbar y cuando sentía que cruzaba llegó la embestida, el ser zarandeado y volteado amarrado a aquél súbito proyectil crujiente y salpicado de cristales rotos. Y por un momento el mundo se deshizo en una maraña desgarradora de fragmentos de metal y viento y olor a gasolina y todo quedó inmóvil y él pudo ver, tendido boca abajo, los restos del coche que les había embestido, una

mancha roja, arrugada y humeante. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí, como si hubiese olvidado unos años de su vida que explicasen cómo llegó del cruce a aquella situación, y por fin comprendió que había tenido por fin el accidente cuando, a punto de perder la consciencia, sintió que eso húmedo que le resbalaba por el rostro era sangre y aquella llamada lejana eran las sirenas de las ambulancias.

Cuando despertó en el hospital tenía unas ganas increíbles de fumar y estaban allí las dos. Su mujer dormía acurrucada en una silla destartada y ella lo miraba con una tristeza más sosegada, menos trágica. Él sonrió, pensó que tenía que estar muerto y perdió de nuevo la consciencia.

–¿Cómo estamos hoy? –preguntó el doctor mientras cruzaba la puerta, arrastrando tras de sí la bata y una aureola de cansancio. No respondió, nunca lo hacía y el doctor nunca lo esperaba. Se hubiese limitado a sonreír, levantar la vista un par de veces de su historial y asentir de vez en cuando mientras murmuraba “ahá”. Le examinó con movimientos rápidos y precisos, comprobó los datos de un par de formularios, garabateó un par de notas con un bolígrafo verde y gastado.

–Doctor... –dijo, en voz muy baja.

–Bien, si esto sigue así en una semana, cuando descartemos todas las posibles lesiones...

–Doctor... –un poco más alto.

–...podremos darle el...

–¡Doctor!

–¿Sí? –lo miró directamente a los ojos, con un ligero brillo de molestia. Se pasó la lengua por los labios, antes de continuar.

–El golpe...

–¿Sí?

–¿Puede hacerme ver cosas?

–¿El golpe?

–Sí.

–¿Qué clase de cosas?

Su mujer lo miró, desde el rincón en el que se escondía cuando aparecía el doctor.

–No sé –se encogió de hombros—. Cosas.

–No sabría qué... decirle... a eso... supongo que –el doctor buscó una salida rápida de aquella situación, repasó mentalmente todas las radiografías, que apenas logró recordar... no.

–Oh. Bien.

Se fue el doctor, sin despedirse, caminando deprisa. Su mujer lo seguía mirando, fijamente.

–¿Ves cosas? –dijo.

Él la miró, despacio, y luego agachó la cabeza.

–No.

–Dime, ¿qué ves?

La miró de nuevo, antes de responder.

–Nada.

Le dijo su nombre, finalmente, un día que lo encontró sentado en un banco de un parque cercano a donde vivía. Le habló de ella, de cómo habían vivido juntos, de cómo todo había ido perdiendo el filo de la novedad y la juventud. Del tiempo que pasaba sin piedad e impedía cualquier cambio o cualquier remedio, pero ella seguía buscando, sería tirando de la resignación de él y probando y probando hasta que había llegado a lo que los alemanes llaman *torschlusspanik*. Y cómo la mirada de ella se volvió oscura y dejó de sonreír, y cómo una sombra de tragedia se instaló sobre la lámpara del salón hasta el día en que le llamaron del hospital diciendo que ella había muerto. Lloraba, cuando lo contaba.

–Oh, Dios... si tan sólo...

Pero no sabía cómo terminar la frase.

El taxi había quedado destrozado. Ahora las mañanas las pasaba arrastrándose con las muletas por las calles, buscando otro empleo sin mucho afán. Al fin y al cabo ni su mujer ni él tenían grandes gastos y el taxi nunca fue tanto una necesidad como una excusa para no estar en casa.

Lo peor era que no podía llevar paraguas y caminar con las muletas, a la vez. Y cuando ella no aparecía entre la lluvia para sujetarle el paraguas y acompañarle en su deambular terminaba calado, sintiendo que lo que le resbalaba por la espalda no era tanto lluvia como la risa cruel de algún dios enfadado.

Se frotó los ojos. Ya no le dolían, eran simplemente un peso sordo, como tener dentro de las cuencas dos paños grandes y mojados.

Un semáforo se cerró y no pudo reprimir una mirada nostálgica.

–Aún no –dijo ella.

No podía dormir. Miró por la fuerza de la costumbre hacia el reloj (malditas las ganas que tenía de saber la hora), tres arañas rojas y brillantes marcaban la mitad de la madrugada. Se levantó lentamente, escuchando atento la regularidad de la respiración de su esposa dormida, y salió de la habitación. Tenía la garganta reseca. Caminó

descalzo por la casa a oscuras hasta la cocina. Ella estaba allí, junto a la ventana, mirando las luces nocturnas de la ciudad. Él se acercó al fregadero sin dar las luces, guiándose por la claridad de las farolas. Abrió un mueble, sacó un vaso, lo llenó de agua y fue hasta ella.

–La ciudad, de noche, es naranja –dijo ella. Él bebía lentamente el agua–. Se ve todo tan triste...

Él abrió la ventana, el aire frío inundó la cocina, sintió un escalofrío.

–Tan gris...

Dejó el vaso sobre la repisa, en el borde.

–Tan vacío...

El grifo mal cerrado, detrás, golpeaba la vajilla sucia de la cena con sus lágrimas. Ella se hizo a un lado. Él, sin ser realmente consciente de lo que hacía acercó una silla a la ventana. Era asombroso lo fácil que resultaba todo. Como apretar el acelerador ante la luz amarilla. Colocó un pie sobre la silla, sintiendo el entramado de mimbres del asiento. Como cerrar los ojos. Subió, colocó el otro pie sobre el frío alféizar. Como si lo hubiese hecho mil veces. En viento cargó sobre él, queriendo disuadirlo o provocándole. El vaso cayó al suelo, tras de sí, bañando el suelo de reflejos afilados y lanzando ecos de desastre por debajo de los muebles. Estaba agarrado a los bordes de la ventana, mirando hacia la acera, ahí debajo, donde una bolsa de plástico blanca bailaba una canción de desesperanza y olvido. No supo cuanto tiempo estuvo así, inmóvil, inclinándose lentamente hacia delante y sintiendo como el frío le agarrotaba los dedos.

–Me voy –dijo, tras de sí, una voz que tardó en reconocer. Era su mujer. Miró detrás y la encontró enmarcada tras la puerta de la cocina, con un abrigo sobre el camión y una maleta llena a toda prisa junto a ella. Lo miraba cansada, pero con un brillo en los ojos que él ya había olvidado–. Iré a vivir con mi hermana un tiempo, luego me iré con mis padres. Tengo que salir de aquí.

Él sonrió, ella cogió la maleta y le lanzó una última mirada.

–Bájate de ahí.

Y se fue. Él escuchó sorprendido el golpe de la puerta al cerrarse. Fuera, bajo el cielo que comenzaba a clarear, ella se alejó sin mirar atrás una sola vez. Él se dio la vuelta buscando a su aparición, pero allí no había nadie. Los pasos de su mujer resonaban en el aire frío y claro del nuevo día.

Bajó de la ventana, se hizo un corte en un pie con los fragmentos del vaso y recorrió toda la casa, buscándola. Nada.

No volvió a verlas nunca, a ninguna de las dos.

David Ruiz Ruiz, 2002